

Aurora Egido, *Don Quijote de la Mancha o el triunfo de la ficción caballeresca*,

Madrid, Cátedra, 2023, 272 pp.

LUIS GÓMEZ CANSECO

Universidad de Huelva

canseco@uhu.es

<https://orcid.org/0000-0002-6699-3813>

Por muy entretenida y gustosa que resulte, la erudición solo alcanza su completo y verdadero desempeño cuando articula el pensamiento y descubre el discurso que late tras los datos inarticulados. Es lo que ha hecho la académica Aurora Egido en *Don Quijote de la Mancha o el triunfo de la ficción caballeresca*, donde viene a ofrecer todo un contexto histórico, ideológico y cultural para explicar el nacimiento del *Quijote* cervantino y aun del avellanedesco. El punto de partida es la deriva que la caballería medieval tuvo a lo largo del siglo XVI y principios del XVII, cuando, al tiempo que se mantenían las justas y torneos como celebraciones, sus ideales bélicos fueron transformándose en mera simbología o incluso en materia festiva. Sea como fuere, lo caballeresco siguió de algún modo vigente más allá del entorno medieval como ideal de la realeza y la aristocracia o como

cauce para la exhibición pública del poder dominante y sus valores.

La de Carlos I fue todavía una corte caballeresca, siguiendo, en buena medida, la estela y los modos de la corte borgoñona y el modelo heredado de su abuelo Maximiliano I. La imagen pública del emperador se quiso asimilar a la de un caballero andante al servicio de la causa cristiana, un *miles Christi*, por más que resultara en cierta manera anacrónico. Las celebraciones públicas –reales o nobiliarias– acudieron a ese imaginario caballeresco como un punto de referencia ineludible. La profesora Egido demuestra que la caballería siguió siendo un ideal vivo en la España del siglo XVI, y que incluso Felipe II, tan poco inclinado personalmente a la práctica bélica, propuso y fomentó su recuperación como un modo de incentivar la condición militar de su reino y la defensa de la fe como ideal político. De ese modo, quiso convertir la caballería en un modelo

de proyección ideológica y un instrumento para el rearme moral de los españoles.

Esos ideales caballerescos, entrecruzados con la religión, se hicieron especialmente vivos gracias a las órdenes militares y al culto de Santiago o de san Jorge, como una suerte de caballería a lo divino, y en ciertos territorios como Aragón y Cataluña, gracias a las cofradías nobiliarias. Tampoco han de olvidarse las parodias cortesanas y las bufonadas caballerescas que acompañaban generalmente tales festejos. No es casual, pues, que Cervantes anunciara al final de la primera parte su intención llevar al caballero hasta Zaragoza, precisamente por la importancia que estas celebraciones caballerescas tuvieron en la ciudad. Bien es verdad, que Alonso Fernández de Avellaneda recogió el guante en 1614 y se le adelantó por la mano, haciendo justar a caballeros reales aragoneses con gigantes fingidos y presentando a un don Quijote reducido a loco sin envés, que, para solaz ajeno, fracasaba estrepitosamente al correr una sortija. El apócrifo sabía lo que se hacía y supo poner las cosas en su sitio, cuando escribía: «No es cosa nueva en semejantes regocijos sacar los caballeros a la plaza locos vestidos y aderezados, y con humos en la cabeza de que han de hacer suerte, tornear, ajustar y llevar premios como se ha visto algunas veces en ciudades principales y en la misma Zaragoza». Por un lado, daba en la cabeza a su

contrincante restándole originalidad y, por otro, refería una práctica real en la que se aunaban lo caballeresco y lo burlesco.

Para responder, Cervantes decidió desbaratar su plan inicial —al que se había atendido el apócrifo— para llevar a don Quijote hasta Barcelona, donde también encontró materia y ocasión para hacer viva la antigua caballería. En su ensayo, la profesora Egido ha querido —y sabido— subrayar la importancia de un libro que, en principio, parecería por completo ajeno al asunto como es la *Relación de las grandes fiestas que en esta ciudad de Barcelona se han hecho a la canonización de su hijo San Ramón de Peñafort, de la Orden de Predicadores, con un sumario de su vida, muerte y canonización y siete sermones que los obispos han predicado en ellas*, obra que compuso fray Jaime Rebullosa y que se estampó en la imprenta barcelonesa de Jaime Cendrath en 1601. Entre la suma de conmemoraciones y solemnidades religiosas, el fraile dominico da cuenta de numerosos festejos de carácter caballerescos que Cervantes pudo conocer a través del libro o en persona, y que pudieron inspirar, al menos en parte, el trasfondo de su obra. Rebullosa recuerda incluso a ciertos caballeros festivos que no distaban mucho del propio don Quijote, cuando decidió, al comienzo de la primera parte, adornar su condición recién estrenada con las armas de sus antepasados: «Traían vestidas sus cotas de mallas con mangas —se lee en la

*Relación*—, y sobre la cota un peto y un espaldar, y en la cabeza el morrión, calzadas sus grebas, y todas estas armas de una hechura tan antigua que sin duda debieron ser las primeras que se labraron en el mundo».

Ese cambio de paisaje urbano, de Zaragoza a Barcelona, se hace esencial para entender en su justa medida una segunda parte de la obra en la que se multiplica la dimensión teatral de la obra. Aunque lo cierto es que, frente al apócrifo y a pesar de las chanzas continuadas, el don Quijote cervantino nunca llega a perder su dignidad. El caballero tiene incluso la oportunidad de reivindicar esa caballería, como cuando, en el capítulo XVII de 1615, afirma: «Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que, en ejercicios militares o que lo parezcan, entretienen y alegran y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes». Don Quijote, además, como explica Aurora Egido, no hacía sino honrar la memoria de algunos de sus antepasados reales, como Gutierre, Rodrigo y Alonso de Quijada, que tomaron parte nada más y nada menos que en el famosísimo Paso Honroso que encabezó don Suero de Quiñones para librar la argolla de sus amores.

Con sabio tino y sin sacar las cosas de quicio, *Don Quijote de la Mancha o el triunfo de la ficción caballeresca* ofrece todo un contexto de una caballería todavía real en el siglo XVI con una dimensión celebrativa, otra política y aun otra burlesca, que sirvió de regocijo a las gentes entre España y América y que vino acompañada de certámenes, poemas, carteles de desafíos y excesos públicos. Gracias a este ensayo, podemos afirmar que no todo era palabra escrita en el majín cervantino y que, además de los libros de caballerías, había todo un mundo caballeresco, visto y vivido por el autor del *Quijote* y que formaba parte del paisaje cultural e ideológico de la época. El ensayo deja incluso entrever una lectura política, en la que Cervantes mostraría sus reservas para con Felipe II, y se cierra apuntando la posibilidad de una interpretación simbólica que concluye en la derrota de la caballería, cuando el Caballero de la Blanca Luna, el encubierto Sansón Carrasco, vence y derrota al Caballero del Febo, a don Quijote, sol de la caballería antigua. Con un abrumador despliegue de saberes, Aurora Egido nos ofrece un libro de una lectura grata, curiosa e imprescindible para quien quiera entender el contexto del que pudo surgir la idea extraordinaria de Cervantes, esa de un loco que decide revivir la caballería medieval en el siglo XVI, tal como habían hecho no pocos de sus contemporáneos; el mismísimo monarca entre ellos.